

13 OCT. / 85

La guerra en fotos

Por ENRIQUE SANTOS CALDERON

Impresionante la matazón de esta semana. Impresionante que mueran doce jóvenes colombianos por un litro de leche. Impresionante que los combates entre el Ejército y el M-19 estén arrojando saldos de cincuenta y más muertos. Impresionantes los bombardeos y los éxodos campesinos en las montañas del Valle y los tiroteos en las barriadas de Cali. Impresionante que todo esto suceda tras tres años de un proceso que ya cuesta trabajo llamar de paz.

Los sucesos de los últimos días me suscitan no pocas inquietudes respecto del procedimiento de las fuerzas del orden. Es cierto que fue el M-19 el que rompió la tregua y declaró la guerra. Es cierto que ha matado a decenas de policías y soldados desde que regresó — si es que alguna vez abandonó — a las armas. Es cierto también que es difícil pedirle a Ejército y Policía compostura y cabeza fría en los fragores combativos de una guerra por naturaleza irregular y soterrada, alimentada — de ambos lados — por la pasión vengativa de cobrar los compañeros muertos y caracterizada, en todos los países donde se presenta, por su nulo apego a los derechos humanos o a las convenciones que rigen la guerra entre naciones.

Todo esto es cierto y sin embargo no todo lo que sucede se puede justificar por tales circunstancias. Y voy al grano. Me impactaron dos fotos distintas que vi en dos periódicos de Cali sobre un mismo hecho: la muerte el pasado miércoles en la mañana tras un encuentro con el M-19 en el barrio caleno de Siloé, del niño de doce años Jorge Eliécer Ramírez. El cadáver del joven estaba en una zanja y la foto de "El Pueblo" mostraba su cuerpo inerte con un leyenda que llevaba por título "víctima inocente" y contaba que el menor trabajaba con su padre y abuelo llevando materiales de construcción en una recua de mallas y resultó atrapado en el cruce de disparos.

La segunda foto, publicada por "El País" mostraba al mismo niño con un fusil colocado sobre el cuerpo y hablaba del "joven guerrillero Jorge Eliécer Ramírez muerto en combate". El texto especifica que "el adolescente portaba un fusil M-1". No se requiere mayor suspicacia para saber cuál foto fue tomada primero y cuál dice la verdad.

Y esto me lleva a las fotos de los once jóvenes muertos en el suroriente de Bogotá tras secuestrar un camión lechero, y que los mostraban a casi todos con granadas en las manos. Y aquí también, en distintas gráficas sobre un mismo muerto (de "El Espectador" y "Colprensa", por ejemplo), la granada aparecía con diferente colocación.

Me impresionaron las declaraciones de los vecinos sobre la forma en que murieron algunos de estos jóvenes y muchas, que no fueron propiamente de combate frontal ni emboscada sorpresiva. Como me han impresionado los testimonios de familias campesinas que han huido de Florida (Valle) sobre los bombardeos militares y el número de víctimas inocentes.

Todo esto, tan impresionante como cierto, tiene que suscitar interrogantes. ¿El proceder de las Fuerzas Armadas en su lucha antisubversiva no resultará a veces contraproducente? ¿Se justifica echarse encima poblaciones y ba-

rrios enteros por darle cacería a un grupo guerrillero? Si mueren civiles inocentes — como suele suceder cuando hay bombardeos o combates en populosos sectores urbanos — ¿es permisible convertirlos a todos en guerrilleros para inflar la cifra de "bajas enemigas"? ¿Adulterar la realidad mediante montajes fotográficos o versiones acomodadas, no es táctica que tarde o temprano se vuelve en contra de sus promotores?

Basta recordar el reciente incidente del helicóptero en Buga, cuyo derribamiento por el M-19 dio lugar a escabrosas versiones de prensa sobre la forma como los guerrilleros habían rematado a los soldados heridos. Luego se supo que todo esto era falso y que, por el contrario, los uniformados habían sido entregados a la Cruz Roja. ¿Quién sale ganando o perdiendo con tan burdas deformaciones de los hechos?

Ya se sabe que la verdad suele ser la primera baja en estos conflictos, y que la guerra de la información — o de la desinformación — forma parte de la estrategia global de lucha. Pero hay extremos que resultan francamente ofensivos para la opinión pública. Y si hay un ejemplo de manipulación extrema, es el que ha acompañado al accidentado y sangriento proceso de paz a la colombiana.

Todo esto me recuerda los candentes debates que se desarrollaban durante la guerra del Vietnam, donde todo el mundo reconocía que dicho conflicto solo lo ganaría quien conquistara los corazones y las mentes de un pueblo dentro del cual la guerrilla, siguiendo el célebre lema maoísta, aspiraba a moverse como pez en el agua.

Se reconocía pero no siempre se practicaba. Allá también los civiles inocentes eran transformados en bajas enemigas para abultar las cifras e impresionar a la opinión norteamericana. Como si las guerras se ganaran sobre el papel y en los titulares de prensa. Y allá también había los duros que proclamaban: "arrastrémoslos por las bolas, que las mentes y corazones seguirán detrás". El resultado está a la vista.

No quiero hablar aquí de los excesos de la guerrilla, de los que decidieron "motu proprio" alzarse en armas, y luego pidieron amnistía, y luego rompieron la tregua; de aquellos otros que insisten en el secuestro o el terrorismo; de los que en nombre del futuro de la patria lanzan niños al combate. Quería hablar hoy de las fuerzas que en nombre de las instituciones democráticas combaten a esta guerrilla. Porque a la luz de los recientes acontecimientos toca preguntarse, aunque a muchos no les guste, si el fin de derrotar militarmente a la subversión justifica todos los medios para lograrlo.

Toca recordar también las lecciones implacables de la historia, que enseña siempre, tarde o temprano, que las guerras, internas o externas, locales o mundiales, triunfa en últimas el que cuente con el respaldo activo, o la simpatía pasiva, de la población. Y en un país ya tan intercomunicado como el nuestro, donde cada día es más difícil ocultar los hechos y la gente ha aprendido a no tragar entero, el respeto por la verdad es un ingrediente esencial de la conquista de los corazones y las mentes.